

ofrecieron pasaje; pero los misioneros pidieron ir á Manila. El gobierno de Canton no tuvo dificultad en concedérselo, pues los mandarines, como buenos geógrafos, discurrieron que en Manila los misioneros estarían mas cerca de su país que en Inglaterra. Pasaron, pues, los cuatro misioneros á Macao á esperar algun buque que se dirigiera á Filipinas. Tres de dichos misioneros conocieron que en la obra á que se habían consagrado podían trabajar con mas utilidad en otras partes que en Filipinas, por cuya razón uno se quedó en el colegio de San José, en Macao, para dedicarse á la educación de algunos jóvenes del país, que se preparaban para el sacerdocio, y otros dos se trasladaron á la isla del Príncipe-de-Gales, á fin de trabajar en el mismo objeto, en un colegio que Letondal acababa de establecer allí bajo la protección del gobierno inglés, para educar jóvenes chinos.

En la comarca donde residía el obispo de Tabraca, había dos espías que inspiraban temores. Uno de ellos era un mandarin militar desgraciado, y que hacia poco había recibido el bautismo. Cuando tuvo noticia del decreto contra la Religión, prometió que entregaría algun europeo. El gobierno le aseguró que si cumplía esta promesa, volvería á colocarlo, y en efecto, le colocó, aunque no le fué dado llevar á cabo lo prometido. Este falso hermano quería á todo trance ver al obispo de Tabraca. Para engañar á los cristianos, se quejaba mucho del gobernador delante de ellos, y algunas veces fingía querer confesar. El otro espía cristiano era barbero de profesión, pobre, pero muy instruido, y sobre todo muy hipócrita y muy astuto. Habiéndole dado el gobernador algun dinero, iba por los mercados y por las posadas, principalmente por las de los cristianos. Fingiase hombre rico que había padecido y tenido muchas pérdidas en aquella persecución, y les manifestaba temores de que la persecución llegara también á

ellos, exhortándoles á permanecer firmes en la fé y á no delatar á ningun sacerdote, sobre todo siendo europeo, pues valia mas, según él decía, que sufrieran cien cristianos que esponer á un solo sacerdote. Con este artificio engañó á muchos cristianos incautos y entre otros á uno que le reveló ser depositario de varias maletas que contenían ornamentos sagrados. El traidor delató al cristiano que tenía estos objetos ante el pretorio de Tsong-kin-tcheou, y al día siguiente por la mañana pasaron dos mandarines con mas de doscientos satélites y una multitud de paganos á la casa denunciada, y sorprendieron á los dueños y á muchos cristianos que en ella se hallaban. Desde este momento puede decirse que se encendió la persecución en todo el distrito. Gran número de cristianos fueron reducidos á prision, otros se fugaron y escondieron en los montes, y algunos se libraron, bien apostatando esterriormente, ó bien dando dinero.

El obispo de Tabraca estaba entonces muy bien escondido en un hueco practicado entre dos paredes: los satélites registraron mas de una vez la casa sin poderlo descubrir. En el mismo escondite estaban depositados los efectos mas preciosos de la mision, y las escrituras de compras y donativos. Aunque estos documentos estaban al parecer muy seguros en aquel sitio, el temor obligó á los cristianos á sepultarlos, y apenas lo hicieron, cuando fueron descubiertos por los satélites. No dudando el prelado que todos aquellos efectos serían llevados al pretorio, y altamente afligido de los tormentos que con este motivo harían pasar á los cristianos, quería entregarse. Algunos cristianos eran del mismo modo de pensar, pero otros se oponían. Después de haber cambiado con frecuencia de domicilio, y corrido graves riesgos, encontró al fin un sitio, que parecia muy seguro en la casa de un cristiano, situada en tres límites de diferentes distritos, y cuyo dueño era poco cono-

eido en el país por no hacer mas que un año que habitaba allí.

Escodeca, pro vicario de Su-tchuen, se vió también en la precisión de andar mudando frecuentemente de domicilio, y por último se guareció en unas escarpadas montañas entre nieves y hielos. Estando allí, subieron los satélites á otra montaña opuesta, estremadamente alta, en cuya cima había una célebre pagoda. Entraron en ella, y mandaron á los bonzos les entregaran el europeo que se había refugiado allí. Los bonzos, muy admirados, dijeron que no conocían á ningun europeo, y que jamás había venido ninguno á su casa. Nada era mas cierto; los mandarines lo sabían; mas sin embargo insistieron reclamando á Escodeca, y amenazando á los bonzos con la bastonada si no entregaban el europeo. En vano se escusaron; los mandarines aparentaron no creerles, mandaron azotarlos, y luego se retiraron. Esta conducta parece probar que los mandarines no tenían ningun deseo de arrestar al pro vicario apostólico.

Después de Pascuas, mudó este de domicilio con objeto de aproximarse al obispo de Tabraca, con quien deseaba tener una entrevista. En su nueva habitación recibió la visita de Pablo Tchang, sacerdote chino, que le manifestó saber un sitio seguro donde quería conducirle. Este sitio era el hueco que un cristiano había construido entre dos paredes en su propia casa, y desde allí pudo el pro vicario proporcionarse el consuelo de pasar á ver al obispo.

Así las cosas, el mandarin de Sin-tsin-hien, teniendo noticia de que había personas que sabían donde estaba escondido este prelado, hizo comparecer al dueño de la casa, á uno de sus sobrinos y á un nieto, llamado Mateo Hoang, antiguo alumno del colegio de los misioneros. Preguntóseles si sabían donde estaba oculto el obispo, y donde vivía cierto joven que lo había llevado sobre sus hombros

para pasar un río. El abuelo y el sobrino se descargaron en el estudiante, y dijeron que este como joven era amigo del otro por quien se les preguntaba. El mandarin mandó á Mateo que condujera los satélites á casa de este. Por de pronto respondió que no sabía dónde estaba esta casa; mas apenas principiaron á azotarle, cuando confesó conocerle y guió á los satélites. Así que llegaron á la casa, principiaron á pegar al joven, á su padre y á su madre; pero todos negaron saber el sitio donde estaba oculto el obispo. Los satélites encadenaron al joven y á su padre, y se los llevaron consigo. En el camino, volvieron á azotar al hijo, y condujeron al padre ante el pretorio. El hijo, tan bárbaramente azotado, declaró lo que deseaban saber y guió á los satélites. Al llegar donde estaba el obispo trató de disculparse, diciendo que había dado aquel paso muy á pesar suyo. El confesor se contentó con decirle: «Si querías entregarme, debías haber procurado hacerlo fuera de la casa, para no comprometer á las personas que me habían dado asilo.» La prision del prelado ocurrió en 18 de mayo de 1815. Al llegar al pretorio, los mandarines le recibieron cortésmente; quitaronle las cadenas; mandaron preparar la comida, y se sentaron con él á la mesa, haciéndole ocupar el puesto preferente. Al día siguiente le proporcionaron una litera, y le trasladaron al pretorio de la capital. Así que fué arrestado el obispo, Escodeca pensó en el modo de ponerle en libertad; mas ya era tarde, pues el gobernador estaba ya enterado de la prision.

La prision del prelado ocasionó en el distrito de Kiong-tcheou una persecución mucho mas violenta que la anterior. Todos los jefes de familia fueron llamados, y tuvieron que dar billetes de apostasia: muchos de ellos pisotearon la cruz, é incurrieron en actos de superstición. Sin embargo, todos estos cristianos [no eran apóstatas mas que de boca; pues á pesar de su retractación seguían rezando sus oracio-

nes, observando los días festivos, y practicando los demás ejercicios del cristianismo.

El obispo de Tabraca fué sacrificado en 14 de setiembre de 1815 á la rabia del gobernador de la provincia, para quien los nombres de cristiano y de europeo eran igualmente odiosos. El virey en presencia de toda su corte le condenó á ser decapitado. El obispo, despojado de sus hábitos, fué conducido sin ataduras al lugar del suplicio. Tampoco le pusieron, como se acostumbra, la inscripcion que llevan los criminales, para dar á conocer su nombre y la causa por qué se les condena al suplicio. El virey mandó sacar de las prisiones á treinta y tres cristianos, que á pesar de la violencia de los tormentos habian permanecido firmes en la fé, y mandó que fuesen conducidos juntamente con el obispo á la plaza pública, acompañados de verdugos que llevaban cuerdas y otros instrumentos de suplicio. Presentóse, pues, el santo pastor acompañado de aquella escogida porcion de su rebaño, que se creia destinada á ser inmolada con él. Al llegar á la plaza, á donde habia concurrido un inmenso pueblo, los mandarines que presidian aquella ejecucion mandaron á los cristianos abjurar su fé so pena de ser estrangulados; pero aquellos generosos confesores despreciaron la vida, y arrodillándose á los piés del pastor le pidieron su bendicion. El prelado se la dió despues de haberles exhortado con breves palabras á seguir su ejemplo. Un solo cristiano de aquellos permaneció inmóvil en su puesto, y siendo preguntado por los mandarines acerca del motivo por qué no se arrodillaba á recibir la bendicion como los demás, dió á entender que su fé vacilaba y que no se hallaba dispuesto á derramar su sangre por Jesucristo. Ofreció en seguida el santo prelado su cabeza al verdugo con tal serenidad de ánimo, y con un rostro tan tranquilo y hasta contento, que llenó de admiracion á los concurrentes. Su cabeza fué separada del tronco por un solo

golpe, y su bella alma se remontó al cielo á recibir la corona inmortal. Los cristianos volvieron á ser conducidos á las prisiones, para desde ellas ser enviados á un destierro. La cabeza del santo obispo fué puesta sobre una columna fuera de la puerta oriental de la ciudad con esta inscripcion: «Su (nombre chino del obispo), europeo, predicador y gefe de la Religion cristiana.» Los cristianos recogieron su sangre con el mayor esmero: guardaron de dia y de noche el cadáver, que permaneció espuesto en la plaza pública durante tres días, y luego le enterraron en un sitio poco distante del lugar de la ejecucion.

Tiempo es ya de que á estas escenas de sangre suceda la imagen de la paz y algunas reflexiones sobre las ventajas que la Religion habia sacado en Europa de la misma persecucion que sus enemigos la habian suscitado.

No habian cambiado los sentimientos de Pio VII respecto del cardenal Fesch. Volvió á conceder asilo en Roma, á donde tambien se habia refugiado la madre de Napoleon, mientras que Luis XVIII, regresando á Francia despues de la derrota de Napoleon, ocupaba nuevamente el palacio de las Tullerias. No faltaba quien queria que el cardenal hubiera sido encerrado en el castillo de Sant-Angelo, diciendo: que puesto que habia ido á reunirse con su sobrino á Francia, debiera habersele puesto preso con la misma razon y derecho con que se habia creido conveniente asegurarse de la persona del cardenal Maury.

El recibimiento que dispensó Pio VII á los individuos de la familia Bonaparte era tanto mas generoso, cuanto mas cruelmente habia sido perseguido por Napoleon; pero la caridad le imponia el deber de olvidar aquella persecucion tan encarnizada, ó mas bien no acordarse de ella, sino para admirar sus felices resultados.

En efecto, despues de haber sido una notable parte del clero de Italia llevada á Fran-

cia de resultados de las desavenencias entre Bonaparte y la Santa Sede, los párrocos, esta ilustre porcion del clero francés, se mostraron menos adictos á los principios galicanos y se inclinaron hácia las doctrinas romanas; y si los curas franceses hubieran permanecido mas tiempo en Italia, ó los de este pais en Francia, habria desaparecido toda diferencia de opiniones entre el clero de ambos paises (1). Las dos persecuciones suscitadas en Francia y en Italia, persecuciones que transportaron los sacerdotes franceses á este pais, y los sacerdotes italianos á Francia, aproximaron mas los hijos á su madre, y produjeron en algun modo una reconciliacion de familia. Hacia ya algun tiempo que entre el clero italiano y el francés reinaba un desacuerdo que debilitaba el aprecio que mutuamente debian tenerse. A muchos individuos del clero italiano les parecia imposible que se pudiera pensar con acierto y obrar bien en materias eclesiásticas, sosteniendo además de los cuatro famosos artículos las libertades de la Iglesia galicana. Habiales inspirado esta opinion la lectura de las obras francesas plagadas de jansenismo, los libros de los jurisconsultos y los decretos de los Parlamentos de la misma nacion, en los que bajo el nombre de libertades galicanas se sentaban principios y máximas erróneas, que propendian al cisma y algunas veces á la herejía, y que los galicanos modernos rechazan con horror, quejándose de una imputacion tan calumniosa. Los sacerdotes franceses por su parte tampoco tenian una idea exacta de las doctrinas romanas, que calificaban con el nombre de ultramontanas. Los escritores filósofos, á fuerza de presentar bajo un punto de vista desfavorable las máximas opuestas á los cuatro artículos del clero de Francia, habian

conseguido persuadir á muchas gentes, que no examinaban por sí mismas aquella materia, que las doctrinas romanas eran absurdas y ridículas y repugnaban al buen sentido. Tales eran las propias espresiones de Napoleon en su lenguaje soldadesco, y sus ministros filósofos le servian de eco. En Francia se atribuian al clero romano máximas exajeradas sobre el ejercicio de la jurisdiccion primacial del Papa, y se quedaron admirados de oír á los individuos del Sacro Colegio discurrir de un modo que no esperaban.

Por otra parte, las relaciones de los cardenales y de los obispos desterrados en Francia con las personas de todo rango contribuyeron á restablecer en esta nacion el aprecio y la alta opinion que en otros tiempos habia gozado el clero de Italia, y sobre todo el de Roma (1). La corte romana ha gozado siempre de gran reputacion en los paises extranjeros, y con mucha razon se la ha creído compuesta de hombres extraordinarios por la profundidad de su saber, por su rara habilidad en el manejo de los asuntos y en las negociaciones políticas. En efecto, los Papas no se rodean sino de personas escogidas; pero aunque realmente hubiese entre los prelados y cardenales hombres de raro mérito y de una instruccion poco comun, es preciso confesar que la alta opinion que se tenia de esta corte habia disminuido mucho é iba menguando de dia en dia. Los dos viajes, el de Pio VI á Viena en 1782 y el de Pio VII á Paris, contribuyeron mucho á que se formara este juicio. No puede comprenderse cómo estos dos Papas, al emprender tan largos viajes y pasar á las cortes de dos grandes emperadores para tratar asuntos de la mas alta importancia, llevaran consigo una comitiva compuesta de sujetos de ningun modo adaptados á las circunstancias y

(1) Mem. del cardenal Pacca, t. 2, p. 209—211.

(1) Mem. del cardenal Pacca, t. 2, p. 212—216.

que no correspondían á la alta reputación de la corte romana. La elección de las personas que acompañaban á Pío VI era bien mala; mas la que se hizo hacer á Pío VII fué poco juiciosa. Se iba á viajar durante el invierno, atravesar los Alpes y dirigirse á un país situado al Norte de Roma, y para esto se eligieron personas de edad avanzada que nunca habían pasado de las fronteras del Estado eclesiástico, y que durante el viaje, en vez de asistir al Papa, tenían ellas necesidad de ser asistidas. Iban á un país en que se hablaba un idioma diferente, y la mayor parte de la comitiva de Pío VII no entendía ni una palabra de él. Algunos de ellos, como los cardenales Antonelli, Borgia, y di Pietro, y el prelado Devoti, comprendían el francés leyéndolo, pero no le hablaban. Había muy pocos que pudiesen sostener una conversación con un francés. Iban á París, que era la primera de las capitales, teatro vasto y espuesto á la vista de toda Europa, en donde para la solemnidad de la coronación se hallaba reunido entonces todo lo más selecto de las naciones que estaban en paz con la Francia, y se llevaban allí prelados de un exterior sin dignidad y que no prevenían favorablemente á primera vista. Semejante comitiva no podía menos de prestarse al ridículo en cualquiera país, cuanto más en un pueblo como París, conocido por su ligereza y vivacidad, que de todo se burla y todo lo convierte en objeto de sátira y de risa. Así sucedió efectivamente con grave perjuicio de la reputación de la corte romana. Los franceses debían naturalmente suponer que, al pasar Pío VII á Francia en la interesante circunstancia de la coronación de Bonaparte, con quien tenía que tratar asuntos de la mayor importancia, habría elegido las personas más capaces é instruidas de su corte y de Roma, para que le acompañaran, y de consiguiente por el cortejo de aquellos hombres, la mayor parte sin talento, se juzgó de los que queda-

ban en Italia; y entonces fué cuando Napoleón y sus ministros concibieron hacia el ministerio eclesiástico aquel desprecio, que si no hizo nacer desde entonces el proyecto de la sacrilega usurpación de los Estados de la Iglesia, aceleró por lo menos el momento de su ejecución. El destierro de los cardenales y de muchos obispos y prelados á Francia, entre los cuales se hallaban algunos de raro mérito, reformó en parte esta mala opinión, y dió á conocer á los franceses el mérito del clero italiano y del Sacro Colegio.

Además de estas ventajas, obtenidas por los dos cerros italiano y francés durante su destierro, este último sacó aun nuevos frutos de la misma persecución, y hasta de la usurpación sacrilega de los bienes de la Iglesia en Francia. Aunque nunca hayan faltado prelados recomendables por su ciencia y conducta en muchas iglesias de Francia, es preciso sin embargo confesar que en los últimos reinados, particularmente en tiempo de la minoría de Luis XV, hubo un gran número de obispos franceses más solícitos por su interés personal que por el de la Religión. Los obispos eran entonces elegidos entre los sacerdotes pertenecientes á las familias más distinguidas é ilustres de París y del reino, y además de las rentas afectas á la sede episcopal, gozaban de prioratos considerables y de ricas abadías. Los obispos eran también en algunas provincias los principales individuos de los Estados provinciales, y todos podían considerarse como grandes del reino. Estas grandezas humanas les hacían olvidar con frecuencia los sagrados deberes de su ministerio pastoral. Distantes de sus diócesis residían por lo general en París y Versalles, y frecuentaban la corte y los salones de los ministros. Mas este desorden cesó desde el concordato de 1801, y Napoleón, que entonces era primer cónsul, quiso que los obispos, con arreglo á los sagrados cánones, residieran en sus respectivas

diócesis. Es verdad que ya no tenían ninguna influencia en los asuntos temporales del Estado, y no solamente no eran ricos como antes de la revolución, sino que casi podían llamarse pobres con el mezquino sueldo que recibían del gobierno. Pero esta pobreza y este abatimiento, que contrastaban con su antiguo poder, produjeron un buen efecto haciendo cesar los motivos de celos y de animosidad que las autoridades civiles tenían contra ellos.

Terminaremos con una reflexión digna de

notarse (1). La Providencia divina permitió en Francia tal aglomeración de circunstancias, que Pío VII pudo ejercer actos de jurisdicción y autoridad mayores que los que sus predecesores ejercieron nunca en Portugal, España, Italia, y aun en sus dominios temporales; y lo que es más, á semejantes actos de soberana autoridad pontificia debe en la actualidad la Iglesia de Francia su existencia y su unión con el centro de la unidad católica.

LIBRO DÉCIMO-SESTO.

(CENTÉSIMO PRIMERO.)

Desde el restablecimiento definitivo del Papa Pío VII en Roma, hasta su muerte.

Pío VII, restablecido en el ejercicio de su doble soberanía, deseaba dar parte á los cardenales, según la antigua costumbre de la Santa Sede, de los acontecimientos que habían traído consigo este feliz resultado. Así, pues, en el consistorio secreto de 4 de setiembre de 1815, les dirigió una alocución notable.

«Apenas, dice, nos vimos libres de nuestra cautividad, en el año último, cuando dirigimos nuestros primeros pensamientos y cuidados hacia los intereses de la Iglesia católica, que gobernamos no obstante nuestra indignidad; intereses que ocuparán siempre el lugar preferente en nuestro corazón.

Juzgamos deber trabajar con celo en procurar la restitución de todas las provincias que componen el patrimonio de San Pedro, y de cuya posesión había sido privada la Santa Sede en los tiempos calamitosos que hemos atravesado; que á ello estábamos obligados, tanto por nuestra cualidad de administrador, como por el juramento que prestamos cuando fuimos exaltados al supremo Pontificado. Tan luego, pues, como nuestro querido hijo, el cardenal Hércules Consalvi..... se nos reunió en nuestro viaje á Roma, le enviamos á París,

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 218.